

reventó, quizás como una gran caldera, a impulsos de la presión del vapor, de un mundo cuyo tamaño era incomparable al de la tierra y que giraba, hace unos millones de años, a una distancia del sol representada por el número 2'8, cifra admirable, corroboradora de la ley de Bade.

Este mundo deshecho está en pedruscos, en más de quinientos pedruscos.

El mayor de ellos, Ceres, mide apenas unos 1.000 kilómetros.

Casi todos giran entre Marte y Júpiter, pero algunos tienen órbitas que los acercan, a veces demasiado, a nuestra tierra; Eros, por ejemplo, que ha servido para medir, en 1900, la paralaje solar.

Ceres, Pallas, Juno, Vesta, en ocasiones, pueden contemplarse con buenos gemelos.

Ahora bien: quién sabe qué estupenda coincidencia astral, quién sabe qué aproximación portentosa ha hecho que la tierra capture entre las mallas invisibles de su atracción uno de esos asteroides.

¿Cuál? Eros quizá (el planeta 433).

Esto la ciencia lo ha de comprobar en breve... mas de todas suertes, un asteroide ha sido preso por la tierra, y ya de hoy más nos acompañará como segundo satélite en nuestra caída por el abismo...



Y he aquí cómo desde entonces, oh Damiana, ideal mío, los poetas poseemos dos lunas: Diana y Eros, que divinizan las noches serenas, rimando en ellas el verde y el nácar de su apacible luz...

